

Editorial

En esta edición retomamos los planteamientos de Florence Thomas acerca de las relaciones entre las mujeres y los feminismos intergeneracionales, tema central del número 28 de la revista EN OTRAS PALABRAS... que, en esta segunda década del siglo XXI, consideramos indispensable abordar. En la explosión contemporánea de los movimientos sociales, la presencia de la pluralidad de expresiones de los feminismos ratifica nuestra inquietud por examinar las diversas facetas de este feminismo nombrado en plural.

En el momento actual conviven en el mundo varias generaciones de mujeres que crecieron con la influencia de los discursos y de las prácticas feministas cuyas contribuciones al cambio cultural y social han sido relevantes, al punto de caracterizar una revolución que ha dejado de ser silenciosa y que es, hoy, ampliamente reconocida. Claro, es necesario precisar que nuestra revolución, nuestro movimiento de los años 70 y 80 no fue tan silencioso. También

gritamos con vehemencia en más de una marcha y nos preguntamos por qué hablamos de revolución silenciosa. ¡Pacífica, si, silenciosa, no!

Como dice Natalia Castro del grupo Féminas Festivas, *hoy el feminismo se hace cuerpo, papel, blog, performance, acción, noche palabra, calle, grafiti y creación de gramáticas que proponen un orden simbólico a partir de la libertad y no de la sumisión*. Claro, yo que pertencí a la segunda o tercera ola, según como las clasifiquemos, reivindico el hecho de que también estuvimos en las calles, en las noches, con palabras y grafitis tales como los muros de París en el mayo 68, cuando nuestra tarea era monumental ante una verdadera muralla cementada de patriarcas que estaban dispuestos a todo para callarnos.

No podemos olvidar que desde finales de los años 70 estuvimos empeñadas en conquistar la calle y la noche y, un poco más tarde, la recuperación de nuestro cuerpo “*mi cuerpo es mío*”, acompañado de *lo personal*

es político, unos gritos que ya se escuchaban desde los años 80. Y claro, teníamos maestras que nos guiaban en esta tarea titánica que emprendimos con este sueño sideral de querer construir un mejor mundo para las mujeres.

Sin embargo, es cierto que el feminismo, o más exactamente los movimientos feministas y movimientos de mujeres hoy han cambiado. Por esto me parece relevante reflexionar, debatir y confrontarnos con los diversos movimientos de mujeres jóvenes, aquellas que los medios llaman millenials y, quizás en primer lugar, preguntarnos lo que nos evoca la expresión de *relaciones intergeneracionales*. Y lo haré en nombre propio pues no quiero hablar en plural y asumir las voces de las mujeres feministas de mi generación y ni siquiera las mujeres del Grupo Mujer y Sociedad.

Hoy, cuando lo intergeneracional se ha transformado por los veloces cambios demográficos de la sociedad, muchas mujeres de mi edad conviven con tres generaciones. O sea que son cuatro generaciones que coexisten al mismo tiempo. Yo, 78 años, mis hijos, 50-55 años, mis nietos, 20-25-30 años y muy a menudo, los bisnietos, 3-5 años. Es un ejemplo y pienso que nunca habíamos vivido tantas generaciones juntas, hecho que indudablemente cambia nuestra mirada y nuestra manera de estar en un mundo cada vez más complejo y diverso y a veces difícil de entender. No obstante, algunas de nosotras, y particularmente las mujeres del grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia, grupo que nace en la década de los 80, fuimos todas docentes de la misma universidad, hecho, creo yo, que nos permitió confrontarnos con la generación de nuestros hijos e incluso nietos y nietas: los y las estudiantes.

Por definición, ser docente es confrontarse y ser a la escucha de las dos generaciones anteriores. En este sentido, lo intergeneracional de alguna manera

siempre hizo parte de nuestro quehacer profesional. Y este hecho constituye, a mi modo de ver, alguna ventaja. Como decía, convivimos profesionalmente con una o dos generaciones, conocimos su manera de referirse al mundo, sus rebeldías, su manera de hablar, de conectarse con los otros y las otras y últimamente con las redes sociales y por supuesto también conocimos sus sueños y desilusiones para cambiar el mundo, sueños y desilusiones que lógicamente son distintos de los nuestros.

Es indudable que las prácticas de esta nueva generación de colectivos feministas -mujeres entre los 17 y 35 años- han cambiado. Los temas y debates de sus movilizaciones, sus recursos a las redes sociales y su creatividad para hacer conocer sus reivindicaciones -graffitis, performance, artes y redes sociales, entre muchas otras- están ahí a la orden del día. Y es en este sentido que la confrontación es pertinente aun cuando no sé si el término de confrontación es el que conviene. En mi caso pensaría más en preguntas que permitan situarme y situar también los trabajos del grupo Mujer y Sociedad en relación con estos nuevos tiempos de acciones colectivas de los feminismos contemporáneos. Y si escogí una manera personal de hacerlo es sencillamente porque no conozco suficientemente estos nuevos colectivos feministas a pesar de encontrármelos en noticias y videos y de tratar de estar atenta a sus prácticas políticas y a sus logros que, a veces, lo confieso, envidia.

Cuando veo las imágenes de concentraciones de miles y miles de mujeres argentinas, chilenas, mexicanas, uruguayas o españolas, movilizadas para denunciar múltiples causas desde los acosos laborales, el acceso a un aborto seguro y despenalizado o los feminicidios, hasta denuncias que tienen que ver con el reconocimiento de las diversidades sexuales y las relativamente nuevas peticiones relacionadas con clase, racialización y etnias, sí, las envidia.

El panorama de sus demandas es inmenso y busca cubrir las inequidades vividas por todas las mujeres no solo de América latina sino del mundo. Y claro beneficiándose de las redes sociales que les permiten sumar miles de seguidores e impactar de manera novedosa los espacios de la política. Por algo hablamos ahora de olas y más que olas, verdaderas mareas que invaden las calles.

Ahora creo que vale la pena reafirmar que, sin lo logrado por sus madres, abuelas e incluso bisabuelas, nada de esto sería posible. Todas estas mujeres jóvenes han recibido una herencia que hoy la mayoría de ellas reconoce sin que este reconocimiento sea exento de críticas a menudo válidas, que me lleva a una necesaria caracterización de este feminismo, mi feminismo, que nació con mi generación y en mi caso particular en el Grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional como ya lo mencioné.

Por supuesto mi feminismo que nació en un colectivo de unas ocho mujeres era un feminismo más de adentro, un feminismo con tintes académicos, de lecturas y debates, embriagadas a veces por feminismos venidos del exterior, como el italiano, el español o el francés, que leíamos y debatíamos. Así mismo descubríamos poco a poco las pioneras, nuestras bisabuelas y abuelas, mujeres de la Ilustración, libertadoras, sufragistas, maestras y escritoras, quienes también guiaban nuestras reflexiones. Y entendíamos que teníamos como un deber ético seguir sus ejemplos para lograr sacudir este andamiaje patriarcal que resistía fuertemente.

Las movilizaciones, aún escasas, vendrían más tarde cuando descubríamos mujeres como Betsabé Espinal, obrera textilera quien realizó en 1920 una huelga de 22 días en Bello, Antioquia, o ya en los años 50, las movilizaciones impulsadas por Ofelia Uribe de Acosta y Esmeralda Arboleda, entre otras

valientes mujeres, en sus luchas por el sufragio femenino. Sin embargo, éramos conscientes de que nuestra primera tarea era la de generar alguna sacudida en el seno mismo de la Universidad Nacional de Colombia en relación con los saberes impartidos. Saberes casi totalmente huérfanos de las voces de las mujeres. Y claro, la memoria feminista, su historia era aún corta y sobre todo desconocida para la gran mayoría de las y los académicos. Para nosotras, descubrir estas pioneras representaba lo que hoy ya era un encuentro intergeneracional. Es que, no solo hoy, tiene sentido hablar de una mirada intergeneracional.

Claro, no hablábamos aun de enfoque diferencial y mucho menos de enfoque interseccional, enfoques que, en Colombia, emergieron hacia finales de los años 90. Eso sí, hablábamos de mujeres, en plural, pero de mujeres sin las diferenciaciones de las que hoy se habla. Por otra parte, el feminismo de-colonial o poscolonial no era todavía un paradigma. Nos ocupábamos de LAS mujeres. Sin distinción de etnia, de color de la piel ni de clase y apenas se empezaba a nombrar palabras aun relativamente extrañas como gais o lesbianas. La fórmula LGBTIQ se acreditaría bastante más tarde.

Ahora sin este movimiento de los años 70 y 80 y probablemente también de los años 90, no estaríamos hablando hoy de lo que significan estas nuevas acciones políticas de los movimientos feministas. De hecho, creo que, para toda militancia política, lo intergeneracional no solo ha existido siempre, sino que es necesario e imprescindible. Negarlo es equivocado. No es posible partir de nada. Aún para nuestras bisabuelas del feminismo que, con toda seguridad, se apoyaba en algunos ejemplos heroicos de la historia de las mujeres. Ellas sabían que en todos los siglos que nos precedieron, existieron mujeres que jugaban sus vidas para abrir caminos y empezar a existir de otra manera en el mundo.

Me parece importante también situar políticamente este feminismo de los años 80, 90 y 2000, un feminismo que, en Colombia, fue atravesado durante 50 años por un conflicto armado que produjo enormes estragos en la vida de las mujeres. Y hablo de mi generación (años 80, 90 y 2000) que tenía en este momento unas tareas urgentes que, en medio de esta guerra, no daban espera como el desplazamiento forzoso o los cuerpos de mujeres como botín de guerra que se traducían en miles y miles de mujeres violadas por parte de todos los grupos armados. Miles y miles de mujeres víctimas de este conflicto armado. Tareas que asumieron con tesón muchas organizaciones de mujeres que ya dejan y dejarán sus huellas en la memoria de este país.

No obstante, el feminismo, nuestro feminismo, que nacía tímidamente en el Grupo Mujer y Sociedad de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, no podía sustraerse de este contexto nacional. Es importante mencionarlo porque creo que ese contexto histórico nos impuso tareas urgentes y prioritarias en relación con la vida de las mujeres colombianas, tareas que, de alguna manera, quizás nos alejaron de los grandes debates del feminismo internacional. Por haber nacido en el seno de un centro académico como la Universidad Nacional de Colombia, nuestros aportes al feminismo se centraron en contextos más académicos en contraste con muchas organizaciones de mujeres que tenían que responder con celeridad a estas múltiples violencias generadas por la guerra.

Me refiero entre otras muchas a nuestras compañeras de la Casa de la Mujer de Bogotá, de la Ruta Pacífica, de Sisma Mujer por no citar sino estas tres, fundaciones ampliamente reconocidas por su trabajo en el terreno. O sea que ya convivían distintas maneras de asumirse feministas. Distintos militancia del feminismo. Feminismos más activistas versus feminismos académicos, uno más de afuera, otro más de adentro que por supuesto se retroalimentaban los

unos con los otros. Eran otros tiempos. Pero lo que quiero mencionar aquí es que lo intergeneracional no es algo nuevo. La memoria, la historia siempre es indispensable para entender el presente y para seguir avanzando.

Ahora bien, es evidente que por la velocidad de los cambios gracias en gran parte a las nuevas tecnologías, lo intergeneracional se impone como un debate necesario en este encuentro de múltiples feminismos. Necesario para que podamos seguir encontrándonos y enriqueciéndonos. Y por cierto los debates están a la orden del día. Aun cuando tengo a veces la impresión de que a estos nuevos movimientos feministas no les interesan mucho mirar al pasado e interactuar con nosotras. Quizás me equivoco. No obstante, lo he sentido más de una vez. Y sé que, si bien nunca los encuentros fueron agresivos, fuimos a veces cuestionadas. Por lo menos en mi caso: una feminista venida de Francia, hija de Simone de Beauvoir, blanca, privilegiada socialmente, clasista -¡sí; me lo han reprochado más de una vez! y con acento, mi feminismo no podía ser sino colonial, capitalista y pequeño burgués.

Y bueno, algo de razón tendrán, pero lo bueno de tener estos años encima es que no solo no me preocupa, sino que interpreto esto como una de las características de los encuentros intergeneracionales del feminismo es decir un feminismo en movimiento que se traduce hoy en múltiples miradas que permiten avanzar al ritmo de nuevos tiempos, de nuevas reivindicaciones, de nuevos discursos que hoy son necesarios. Es decir que el feminismo no se deja paralizar, no se detiene; hoy los feminismos siguen adelante con otros lenguajes que responden a los requerimientos contemporáneos. Ahora cuando me critican de frente, en general respondo que mi feminismo como los feminismos de hoy son productos de una historia. El lenguaje y las metas del feminismo de los años 70 no podían ser iguales a los lenguajes y metas de hoy. Uno se vuelve feminista con su historia.

Además, creo que en mi caso nunca se trató de rupturas definitivas, o críticas a mi particular militancia feminista. Y probablemente es gracias a mis columnas en *El Tiempo* dese hace más de 20 años, columnas que generaban y siguen generando debates relativos a la urgencia de un aborto legal y despenalizado o del matrimonio y la adopción de los gays entre otros muchos temas álgidos. Gracias también, y a partir de la década de los 90, a mis múltiples recorridos en todo el territorio colombiano tratando de sensibilizar a miles y miles de mujeres respecto al patriarcado, a las violencias basadas en el género, al feminicidio, a la escritura femenina, a las mujeres y la política, a la historia de sus antepasadas, al sentido de fechas como el 8 de marzo o el 25 de noviembre entre muchos otros temas abordados con ellas. Hechos todos que me permitieron y que me siguen permitiendo sobrevivir a algunas confrontaciones con los nuevos feminismos. Claro está también mi largo pasado de docente de dedicación exclusiva en una universidad como la Universidad Nacional de Colombia y mis algunos años de militancia en uno de los grupos izquierdistas presentes en los 80 y 90 en la misma Universidad, hechos que me permiten sobrevivir a las críticas cuando las hay. También algunos libros míos marcaron, creo yo, varias generaciones de mujeres colombianas, viejas e incluso, aún muchas jóvenes.

Mi viejo feminismo y los feminismos de hoy aprendimos a convivir y esta convivencia está a la orden del día demostrando una vez más, y si fuera necesario, que nadie logrará ya callarnos. Las olas del feminismo contemporáneo se visibilizaron y la marea sube.

Las colaboraciones que se expresan en este número buscan reflejar diferentes aproximaciones a lo intergeneracional de los feminismos. En la sección

habitual *Rehaciendo Saberes*, Beatriz García Moreno re-crea las voces de jóvenes feministas que danzan por el mundo cantando y contando *Las Tesis* para atribuir las responsabilidades de los poderes patriarcales del Estado en el ejercicio de las violencias sobre los cuerpos de las mujeres. Enseguida Yolanda Puyana Villamizar propone una reflexión sobre las maternidades y su significación en diferentes generaciones, apoyada en su trayectoria investigativa e incluye, las experiencias de las integrantes del Grupo Mujer y Sociedad en los años 70. Yira Lazala-Silva Hernández y Nohema Hernández Guevara entrelazan los tiempos de dos generaciones en un diálogo entre madre e hija que interroga las relaciones de género, las mujeres y el devenir de la categoría género y sus avatares. Diana Marcela Gómez Correal, José Fernando Serrano y Amalia Uribe demuestran en una conversación que el feminismo siempre ha sido intergeneracional. La trayectoria académica reconstruida por Julio Abel Sánchez da cuenta de una experiencia de innovación sostenida durante varios años de procesos pedagógicos y prácticas de transformación de la arquitectura urbana que incluye saberes de mujeres de sectores populares. Laura Inés Badillo Ramírez y Lucía Andrade Manjarrés con el nombre de “feminismos bisagra” develan el potencial transformador de prácticas de concertación que emergen como alternativas feministas en tiempos de crisis. Doris Lamus Canavate cierra esta sección dibujando el devenir de lo que nombra cuarta ola feminista.

En la sección *Sueños, imágenes y símbolos* Victoria Eugenia García Moreno respondía la pregunta “¿Qué vas a hacer cuando seas grande? cuando no se imaginaba que su obra acompañaría esta revista que cumple sus veinticinco años de existencia en medio de esta pandemia prolongada. Ángela María Buitrago Ramírez nos invita a conocer a Patti Smith a quien llamaron “la abuela del Rock and Roll” y la fuerza vital de la música en los tiempos que gestaron nuevos ritmos en las dinámicas de los movimientos contraculturales.

Seis escritos configuran la sección *Dossier*. En el primero María Himelda Ramírez nos introduce en el reconocimiento de la sociedad esclavista colonial neogranadina y las complejas relaciones entre las mujeres de los diferentes estamentos. Florence Thomas retoma sus apuntes para concentrar su mirada en la larga historia de la conquista de la libertad y la ciudadanía de las mujeres. Luz Ángela Gómez Jutínico con base en la propuesta de justicia de Nancy Fraser, se ocupa de las nuevas formas de esclavitud contemporáneas. El equipo de trabajo “Alianza de litigio estratégico” en el que participa Gladys Ariza Sosa, comparten su experiencia en la creación y desarrollo de una “clínica jurídica feminista en Medellín”.

Erika Lizeth Sepúlveda Rojas quien reconstruye experiencias de participación de las mujeres, como alternativa, para trazar rutas de esperanza conjurando el dolor mediante procesos de memoria. Clara López Obregón comparte una selección de lo tratado en una ponencia sobre “la promesa fallida de la Constitución de 1991”.

La sección *Crónicas* se inicia con las reflexiones de Angélica Bernal Olarte sobre la paridad como estrategia de participación política electoral y sobre la importancia de la conversación entre Angela Davis y Francia Márquez en el contexto preelectoral de noviembre 2021. Enseguida, Paula Gutiérrez Martínez y María Eugenia Martínez Giraldo comparan sus reflexiones y experiencias sobre una de las tendencias contemporáneas acerca de las relaciones entre el feminismo y la espiritualidad en la que confluyen perspectivas antropológicas y vivencias ancestrales. En esa línea, Priscilla Amor Soto Briceño elabora sus particulares experiencias respecto a la ancestralidad y recuperación de la espiritualidad femenina realizando un recorrido por diversas fuentes bibliográficas y vivenciales. Las palabras con las

cuales Beatriz García Moreno abre el Simposio sobre “Mujeres, Amores y Violencias”, organizado por la Nueva Escuela Lacaniana –NEL– como un espacio de “Encuentros en la Biblioteca”, son una invitación para conocer el Observatorio Mujeres y Violencias en América Latina. La sección se cierra con las experiencias de Yusmidia Solano Suárez quien nos entrega sus consideraciones sobre las disputas por la justicia cultural y sus miradas sobre el paro nacional del 21 de noviembre de 2021.

En la sección *Remembranzas* recordamos a Leda Beatriz Mendoza Sotomayor, Yamile Salinas Abdala, Derly Patrana Yara, Wendy Paola Calderón Venegas y Lisday Valerien Salazar Molina. En estos dos años atravesados por una mayor cercanía a la muerte, hacemos con ellas memoria de las diferentes pérdidas de activistas del feminismo de diversas generaciones.

La sección *Noticias en OTRAS PALABRAS...* se concentra en los informes de Seguimiento y verificación del Acuerdo de Paz, documentos que registran los debates actuales sobre la despenalización del aborto en Colombia y otros debates, entrevistas y eventos nacionales e internacionales que ilustran dinámicas feministas intergeneracionales de actualidad.

En estos tiempos de confinamiento las mujeres leyeron más, escribieron más y publicaron más. Por este motivo nos es difícil reportar la profusión de la producción de las escrituras femeninas. Por ello en la sección *Las Mujeres y los libros* encontramos una muestra en las reseñas elaboradas por María Eugenia Martínez Giraldo sobre el libro de Bernardine Evaristo *Niña, mujer otras*; Mabel Paola López, sobre el libro de autoría de Aurora Vergara Figueroa y Carmen Luz Cosme Puntiel *Demandando mi libertad. Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela Y Cuba*,

1700 – 1800 y Nadya Eloísa Ávila Leal sobre el libro electrónico de autoría colectiva Vale la pena ser callejeras. Un grito nacional.

El año 2021 fue un año de conmemoraciones demasiado discretas a nuestro juicio, de varias efemérides que rememoran la larga historia de la construcción de la democracia en el país. Resaltamos la conmemoración del bicentenario de la Ley 21 de Junio de 1821 sobre la Libertad de partos, en el marco del Congreso de Cúcuta que fundó la Gran Colombia, primer ensayo de construcción del Estado Moderno luego de las guerras de Independencia. Los 170 años de la Ley de Abolición de la Esclavitud en

el contexto de las reformas liberales de mediados del siglo XIX. Los 30 años de la Constitución de 1991 que define a Colombia como Estado Social de Derecho, nación laica y concreta la igualdad de las mujeres.

Con veintiocho números, en el año 2021 la revista EN OTRAS PALABRAS... cumplió veinticinco años de su publicación. Este es un motivo para agradecer a quienes contribuyeron con sus escritos a expandir el conocimiento de las diversas experiencias vitales de las mujeres colombianas. Así mismo sus maneras de resistir a contextos de conflicto armado y frágil construcción de la paz. Las utopías siguen vivas.